

BALDOSINES TITAN

La variedad de formas, tamaños y dibujos de los BALDOSINES TITAN, permiten diseñar pisos en cualquier estilo. Su calidad está respaldada por 30 años de experiencia.

Empresa Nacional de Manufacturas de Cemento

DIRECCION TELEGRAFICA "CE MENTO"

GERENCIA Y FABRICA

Calle 15, No. 17-46
Teléfonos 51-40 y 51-42

MUESTRARIO GENERAL

Av. Jiménez de Quesada
No. 8-94 - Teléfono 38-87

CIA. COLOMBIANA DE CAUCHO "EL SOL" S. A.

"LA PRIMERA FIRMA EN CAUCHO"

Tenemos la maquinaria y elementos técnicos para producir los mejores artículos de caucho del país.

ELABORAMOS: Tacones de caucho marca "Sol", Zapatos Tennis en varios colores, Chancletas de caucho. Telas encauchadas (mirror, sábanas para hospitales, telas para carpas, etc.) y muchos artículos más para diversos usos.

Nuestro equipo de reencauchado de llantas es el más completo y moderno que funciona en Colombia, por lo cual podemos garantizar plenamente nuestros trabajos. Más de 50.000 llantas reencauchadas en nuestra fábrica y prestando eficaz servicio en las carreteras nacionales atestiguan nuestro dicho.

FABRICA Y GERENCIA:

BOGOTA, CALLE 13 NUMERO 33-48
TELEFONO 3586

LA EPOPEYA DEL QUINDIO

POR JAIME RAFAEL PEDRAZA VANEGAS

La creación del Quindío, conquista de la República. — El descuartador de montañas. — Cómo se fundaron las ciudades de Caldas. Rasgos de don Segundo Henao. — La "Laguna de Maravélez", "dorado" de mineros y gUAQUEROS. — Una aventura en las selvas del Quindío: gesta de resistencia humana saturada de dramatismo, inventiva y valor. — Fundación de Calarcá y de Génova: su rápido progreso.

(A Carlos H. Ospina G.)

Cuando nos emocionamos en la fiesta brava o en otro espectáculo español; cuando gustamos de unos ojos gitanos o cuando pasamos las horas con los artistas peninsulares de pluma, de buril o de pincel, fácilmente decimos: "La Madre Patria". Cuando sentimos revivir en nosotros a los indios —en momentos de melancolía o de altivez— admiramos unos ojos oblicuos, una tez de manzana y unas trenzas que caen bajo un "jipi-japa" (por otro nombre "suaza"), o nos deleitamos no con este tipo robusto y bajito de los altiplanos, sino con el delgado y ágil de las tierras calientes. Pero hay también momentos en que a pasodobles o a melodías indígenas preferimos la música de bongos y de maracas: una rumba, un porro o una conga, es entonces preferible a cualquier otra música.

En cualesquiera de esos momentos nos es posible hacer el apólogo de españoles, de indios o de negros, ver su aporte en nuestra nacionalidad; admirar el descubrimiento y la conquista de América por España; las tradiciones y leyendas, así como también los secretos botánicos y la orfebrería indígena; y el milagro del oro y del platino, que desgrana la piel negra en los socavones mineros.

Al avanzar en nuestra disertación con cualquiera de estos temas,

nos sentimos más y más colombianos: surge ante nosotros la epopeya magna: la independencia, en cuyas batallas se mezclaron nuevamente los hijos de los blancos, de los cobrizos y de los negros, para constituir batallones comandados indistintamente por jefes de uno u otro color. Si avanzamos a través de nuestra vida republicana, un hecho nos admira tanto o más que las proezas de españoles, de indios o de negros: la epopeya colombiana, auténticamente colombiana: la fundación del Departamento de Caldas.

Quien quiera tratar de ese departamento no ha de evocar —como no sea por razones arqueológicas o de Historia general de Colombia— ni al guerrero de férrea armadura y caballos exóticos, ni al orfebre indígena de esas regiones —que fue artista inigualado— ni al negro, que diversas circunstancias mantuvieron distante, sino que ha de buscar como fundador de sus ciudades, como genitor de sus habitantes y como organizador de sus costumbres al *descuajador de montañas*.

El descuajador de montañas fue un émulo moderno de los conquistadores de América y también de los expedicionarios helénicos que fueron en pos del “vellocino de oro”, y de los aventureros que fundaron la “ciudad eterna”. En efecto, a fin de lograr mi propósito, tan sólo he de mostrar el nacimiento, desarrollo y juventud de comarcas que en pleno virilidad son honra y prez de la República. Comarcas que nacieron con sencillez rayana en austeridad y que carecieron del ceremonial que precedió la fundación de sus hermanas mayores, las hijas de los peninsulares, mas no por ello deja de notarse en esas fundaciones y en el rápido progreso por ellas alcanzado la grandeza titánica y la visión profética de sus fundadores.

“Fue un éxodo afortunado que va siendo núcleo de futuras leyendas. Dicen que en alguna ocasión un viajero vio en medio de aquella entonces montaña inextricable un grupo de labriegos que iban recorriendo al són acompasado de una esquila el contorno de un ‘desmonte’: ¿Qué hacen ustedes ahí?, inquirió curioso. ‘Estamos fundando un pueblo’, le respondieron ingenuamente con sencillez que el transeúnte halló irónica. Años más tarde, cuenta el narrador, al regresar por aquella cordillera vio ser verdad el poblado primitivo, haberse trocado en plaza amena el bosque derribado, en campana más sonora y grande la esquila de la iniciación” (1).

Así nacieron las ciudades nuevas de Colombia, ciudades y pueblos que muestran de qué somos capaces, puesto que han llegado, en el menor tiempo al mayor grado de progreso.

A fin de dar idea de esos labriegos fundadores de ciudades, narraré una de las múltiples aventuras de don Segundo Heno, uno de los más conspicuos:

Era don Segundo un jayán educado dentro de la mayor rusticidad y dureza de labores —me dice uno de sus descendientes— y llegó a adquirir tanta superioridad sobre sus compañeros por la robustez de su cuerpo y la temeridad de su valor —cualidades que le merecieron el apodo de “el oso”— como por tener alguna preparación intelectual, que los otros rústicos le estaban sumisos por admiración y respeto.

En 1879 vivía en Salento, población que entonces pertenecía al Cauca, trabajaba en una mina en las cabeceras del Quindío y viajaba con frecuencia a Ibagué.

“En una hermosa tarde al llegar a un punto denominado “Macanal”, me senté al pie de un árbol, de donde divisaba toda la hoya del Quindío, y como los postreros rayos del sol ya le cedían su claridad a las oscuras sombras de la noche, cuando esos moribundos rayos reflejaban sobre una parte del río llamado “La Vieja” y le daban un color plateado, yo me figuraba que esa sería la “Laguna de Maravales”, tan mentada por tradiciones como la mina más rica del continente americano” (2).

La “Laguna de Maravelez” fue para los descuajadores de montañas que fundaron el Quindío, lo que el “dorado” para los españoles que conquistaron nuestras tierras.

“Según la tradición de las generaciones antiguas sí existió en tiempo muy remoto la laguna de “Maravales”, pero parece que era toda la hoya del Quindío y fueron los indígenas, con el fin de dejar en seco lo que ocupaba la laguna, quienes pudieron haber roto un canal más arriba de “Piedra de Moler”, lo que llaman los cartagüeros “La Angostura”, que hasta ese punto suben las canoas, pero no han podido pasar; el canal tendrá unas cinco o seis cuerdas más o menos de largo por veinte metros de ancho. Por lo intransitable por esta parte habían permanecido vírgenes las selvas del Quindío desde que fueron abandonadas por los Pijaos y su gran jefe Calarcá, hasta que la aspiración o ambición de los antioqueños con el golpe de sus hachas han venido a despertar esa naturaleza fuerte que domina bajo las sombras de los montes y guaduales y que en muy poco tiempo han convertido en dehesas; cafetales y sementeras de toda clase, y grandes poblaciones que llaman la atención a los que saben apreciar el progreso y laboriosidad de los hijos del Continente Americano”.

Desde que creyó haber localizado la "Laguna de Maravelez", don Segundo no pensó en más que en la riqueza: ocho días después propuso viaje a su amigo el peón José María Santa (Santica), hombre "honrado y manejable y de muy buenas condiciones, buen minero y afectuoso con los niños", a quien los hijos de don Segundo querían entrañablemente.

Santica aceptó la propuesta y el sábado y el domingo siguientes los pasó con su patrón haciendo preparativos de viaje. El lunes, con lágrimas en los ojos —tanto los que viajaban como los que permanecían en sus casas— se inició la aventura.

Don Segundo había contratado la llevada del bastimento hasta "Armenia", o sea la mejora de unos señores de apellido Marín. A partir del martes le tocó a Santa llevar el tercio —compuesto de víveres y semillas de pasto y colinos de plátano y de cada dulce— y a don Segundo las cobijas y demás provisiones, como también el machete y la escopeta. A eso de las nueve de la mañana se internaron en la montaña sin más guía que una quebrada que por ser como era, la llamaron "Cristales". Al llegar la noche, en una playa hicieron barbacoa y armaron tolda por temor al tigre. Al día siguiente, después de un ligero desayuno, emprendieron la marcha como el día anterior siguiendo el curso de la quebrada ("contemplando lo bello de sus cristalinas aguas que con su transparencia dejaba ver la inmensidad de peces que se movían en distintas direcciones mostrando así sus plateadas escamas que con el rayo del sol daban un brillo encantador"). Por la tarde pisaban las riberas del río "La Vieja".

"Nada más poético que ver con la pereza que se despiden las aguas de la hoya del Quindío, su suelo natal, para ir a buscar tumba, en compañía de muchos otros ríos —agrego yo— en las entrañas saladas del Atlántico".

Fue allí donde nuestro expedicionario comprendió su equivocación respecto a la "Laguna de Maravelez": no era más que un recodo del río, visto a través de espesos guaduales, lo que había contemplado desde su alto observatorio.

Aunque desilusionado de la tal laguna, don Segundo —como veremos luego— no era hombre que se descorazona por tan poca cosa y acto seguido empezó a hacer una mejora con ánimo de poner finca, pero se requería "saber si el río era de embarcación o no, porque si lo era, sería un negocio contar con que todos los productos de esa tierra serían vendidos en Cartago sin el costo de la exportación, pues decía: si el río

es navegable, dentro de poco tiempo habremos ganado mucho, porque llevados los víveres a Cartago, se vende hasta la balsa".

Al día siguiente rozaron algo y sembraron los colinos llevados. Acto seguido procedieron a hacer la embarcación guiados por el recuerdo que tenía don Segundo de las que había visto en el río Magdalena, desarrollando entre tanto esta conversación:

—Santa, dime una cosa: tú sabes manejar una balsa?

—Ya lo creo, don Segundo, ya lo creo.

—Es que yo no sé, y tampoco sé nadar, de modo que si me caigo al agua tienes que sacarme.

—No tenga usted cuidado que yo he embarcado en el Porce, río muy borrascoso, y nada me ha pasado.

Quedó el señor Henao tranquilo al oír esta respuesta y continuó confeccionando la embarcación y cuando estuvo lista exclamó Santica en todo de satisfacción:

—"¡Qué poco vivirá el que no nos vea embarcados!".

A lo cual respondió don Segundo:

—"Como no viva el que nos vea ahogados".

Al medio día del jueves embarcaron tan felices —y la comparación es del señor Henao— como pudieron estarlo los descubridores de América al pisar tierras del Nuevo Mundo. En la noche acercaron la balsa a una orilla, la amarraron e hicieron tolda. Al amanecer el viernes, después de haber tomado el desayuno y preparando el almuerzo, reanudaron la navegación:

—Me parece que el río va creciendo porque baja muy espumoso— dijo don Segundo poco después.

—Ojalá—respondió Santica— si es así más en breve bajamos.

Atenidos a lo bueno del río, embarcaron sin llevar para el manejo de la barca más que una palanca; iba la balsa a buena velocidad y aunque las olas la sacudían y hacían tambalear, los expedicionarios se hallaban satisfechos. Al llegar a un recodo en que el gua hacía remolino, por un descuido de Santa, la corriente le arrebató la palanca y la balsa se convirtió en un trompo que giraba en torno a las rocas. Don Segundo halló la manera de salir de apuros: se agachó, cogió una guadua y la abrió en dos: dio una parte el peón y remando entre los dos, sacaron la embarcación de peligro. Ya libres, buscaron palancas de repuesto y mientras tal hacían, oyeron unos "paujés", agarró don Segundo la escopeta y disparó: cayó una hembra que amarró a las guaduas de la balsa.

Eran ya las nueve del día y aunque a esa hora acostumbraban almorzar, no quisieron hacerlo porque los rayos del sol quemaban como agujas candentes y a lo lejos se veía un monte en que debía hacer sombra. Aceleraron la marcha hacia él, unos doscientos metros habrían recorrido cuando oyeron un gran ruido: era un salto.

La balsa tropezó con un palo y después de una violenta sacudida zambulló por la parte de atrás. Como un rayo, don Segundo saltó por encima de Santa y se agarró de las ramas del árbol causante del naufragio. Santa, a su vez, prendido de un pie de su patrón se puso a salvo. La embarcación poco después desapareció bajo las aguas con las escasas provisiones de los expedicionarios.

—“Nos hemos quedado en la mitad del río —dijo don Segundo— parece que habrá borrasca y entonces será infalible nuestra muerte.”

—“Así es, aquí vamos a morir”, dijo Santica.

—“Y por qué temes sabiendo nadar?”

—“No, yo no sé nadar”.

—“Me dijiste que si caía al agua me sacarías, me has sacrificado!”.

—“Qué móvil tenías para sacrificar a un padre de familia matándole así!”.

—“Cuándo me hubiera aventurado a este peligro a no ser por la confianza en tu palabra!”.

—“¡O me sacas de aquí o te mato!”

Dichas estas últimas palabras, por amedrentarlo quizás, sacó don Segundo el cuchillo.

—“¡Perdóneme!, reconozco que soy un infame. Usted tiene razón, pero, por Dios, no me mate!”.

—“En ese momento de ira reflexioné —escribe el señor Henao— y vi que no debía cometer ese crimen, que el río se encargaría pronto de él”. Guardó el cuchillo don Segundo y se puso a pensar cómo salir de allá. Su gran inventiva no podía fallarle en un momento así: por una guadua que levantaban las aguas, pero que él suponía fuertemente arraigada, subió a la barranca, desde donde gritó a Santica que estaba agachado y temeroso:

—“Adiós, mi amigo; en la otra vida nos encontramos”, y se escondió para ver qué hacía el compañero. En vista de que Santa no se atrevía a moverse lo llamó.

—“Sáqueme, por Dios, no me deje ahogar!”, fue la respuesta. Don Segundo le acercó una guadua pero Santa no se atrevió a subir; en-

tonces le acercó otra y le dijo: “Si no aprovechas ésta, me voy y te dejo”. Sólo con esa amenaza logró sacarlo.

Habían perdido todo: armas, herramientas, alimentos, abrigos. No les quedó más que suponer la dirección de Salento y emprender el regreso por guaduales y montes. Ese día, o sea el viernes, el sábado y el domingo, sin comer nada y picados por millones de insectos, bregaron por salir, pero estaban perdidos: cuando creían haber avanzado mucho, hallaban de nuevo un aguacatillo y una piedra labrada por los indios que les servían de referencia. “Esa tarde, al llegar al mismo árbol, con el hambre más desesperante de la vida, le dije al peón: tráeme unas hojas de cañaquite a ver si no me muero”.

A la mañana siguiente, después de haber llorado por los hijos ausentes, volvieron a buscar el río por el desnivel, pues así al menos podrían calmar la sed, que por lo devoradora en una cuadra tenían que sentarse no menos de diez veces. A medida que la desesperación, el hambre y la fatiga iban en aumento, empezaron a cruzarse por la mente de don Segundo pensamientos de esta naturaleza:

—“Serían las cuatro de la tarde, yo me adelanté un poco para preparar dónde íbamos a quedarnos. Como yo veía que el peón estaba más flojo que yo, me dije para mí, si la debilidad nos ataca de tal manera que no podamos movernos, yo tengo que matar al compañero para comérmelo porque él no tiene familia y yo sí le hago falta a mis hijos; pero esto lo haré en el último caso de que ya no nos podamos mover.”

—“Al principio de la noche el peón se quejaba mucho y hasta creí que se moría esa noche, y cuando ya amanecía dejó de quejar y yo estaba contento porque creí que amanecía muerto para no tener que matarlo y era tanto el hambre que ya me parecía que estaba comiendo carne del compañero. Cuando amaneció boté las pajas que nos cubrían, lo llamé y no contestó, lo moví y abrió los ojos y vi que estaba vivo; peor circunstancia para mí, le levanté la cabeza y le dije: nos vamos. El movió la cabeza para decirme que no podía, volví y lo acomodé y me fui por el zanjón abajo.”

Poco después don Segundo descubrió el nido de una pava, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban subió al árbol en que estaba, metió la mano y encontró tres huevos: allá mismo se comió uno, sin quitarle la cáscara y haciéndose el cargo de que si tenía pollo era mejor, echó los otros dos al bolsillo y dijo: “Con estos dos huevos le salvo la vida al compañero”.

Volvió a donde estaba Santica, a quien encontró tan inmóvil como

lo había dejado; después de bregar mucho logró introducirle un huevo disuelto en agua en la boca, pues las mandíbulas ya tiesas se lo impedían. Luégo, llevándolo alsado, continuó el viaje. Al llegar al río vieron mucho gramalote y haciéndose la reflexión de que los animales lo apetecen mucho, hicieron zumo y con él se llenaron. Después de provisionarse de más, continuaron la marcha hasta el anochecer, en que acamparon en una playa.

El miércoles continuaron el camino y a eso de las nueve hallaron en el río la pava que don Segundo había cazado seis días antes: "los peces y las nutrias le habían comido algo", "la parte que rompieron estaba llena de gusanos y podrida y deshecha". Empezó don Segundo a sacudirla, cuando dijo Santica: "No bote los gusanos que son un famoso alimento", y diciendo esto, los apartaba en la mano y se los comía. Sobre decir que de la pava no se desperdició absolutamente nada. Por la tarde intentaron la pesca en un riachuelo que suponían ser "El Espejo", pero lo rudimentario de los elementos que lograron improvisar, no permitió el éxito. En la noche los acechó el tigre, lo que satisfacía a don Segundo, que razonaba así: "Si nos mata nos saca de penas, y si logro matarlo nos lo comemos y podemos salir", pero la batalla no se efectuó: "sin duda el animal comprendió que no debía arriesgar su vida de lozanía y libertad en una lucha con esqueletos humanos, que aunque saliera victorioso sería ninguna la utilidad".

A los dos días, después de haber visto unos cateos viejos de guaqueros, hallaron unas matas de caña y con ellas se alimentaron, lo que también hicieron con unas de maíz que encontraron después. Santica —que por falta de dientes no podía masticarlo—, pensaba que "las aves se lo tragan entero y así les alimenta", y hacía lo mismo. A eso de las tres de la tarde llegaron al ranchito de un señor Loaiza, quien, a pesar de ser amigo no los reconoció por lo transfigurados que estaban. El señor Loaiza, al saber que hacía nueve días que andaban perdidos, llamó a su hijo Jesús María y le ordenó que les diera lo que tuvieran, es decir, caldo de huevos, fríjoles, arepa y mazamorra. Después de un breve descanso pasaron a donde José Epitacio Marín, donde les prepararon gallina y les dieron una buena merienda.

Allá quedó Santica, don Segundo siguió el sábado para Salento, donde encontró peones contratados para que fueran a buscarlos. La felicidad de que gozaba, el cuidado de la esposa, las caricias de los hijos y los remedios homeopáticos de don Ramón Cardona, le rastablecieron en un mes.

El señor Henao no era de los que escarmentan con una aventura de tal naturaleza: no habiendo podido llevar a cabo la ilusión que se formaba con la finca de "Maravalez", nombre que le puso a la mejora de orillas del río "La Vieja", la vendió a los señores Arangos y Suárez. (Entiendo que hoy es de don César Marulanda G.), y se fue a Santo Domingo, pues en Salento vivía con su familia en una alarmante pobreza. Como no era fácil proveerse de lo necesario en tan apartada región, propuso a unos colonos que había que fundar un pueblo: negoció con don Ramón Franco una mejora en \$ 200.00 e inmediatamente iniciaron la fundación. A don Segundo lo eligieron para que hiciera el plano y le diera nombre al pueblo y él escogió el de "Calarcá" en memoria del jefe de los Pijaos. Luchó por la incipiente población hasta que fue elevada a corregimiento y luégo a municipio.

A causa de la guerra conoció unos buenos terrenos en las cabeceras del río "Barragán"; se fue a ellos con el fin de montar una finca y fundar una población; en efecto, hizo el plano y trazó el nuevo pueblo, que llamó "Génova", en recuerdo de la Patria chica de Cristóbal Colón. Diez años vivió en Génova, dejándola elevada a corregimiento; regresó a Calarcá y ayudó entonces a conseguir que a ésta se hiciera cabecera de circuito. En ese tiempo el cacerío de antaño ya era una ciudad: tenía luz eléctrica, imprenta (en la Imprenta Calarcá hizo editar su libro "La Miscelánea"), buenas vías de comunicación, la "Plaza de los Mártires", bautizada por él, era un hermoso parque y un gran templo había en el lugar destinado por él a ese fin.

BIBLIOGRAFIA

(1) "Introducción a la Historia de la Cultura en Colombia", por Luis López de Mesa.

(2) "La Miscelánea", por Segundo Henao. A partir de esta llamada todas las citas que se hacen en este artículo son tomadas del único ejemplar que existe de "La Miscelánea", págs. 1 a 17.